CAPILLA ALFONSINA

# Orvañanos.

---

**Al Sr. D. José María Vigil.**

I

Cual péndulo de reloj descompuesto latía el corazón de don Salvador Orvañanos, cuando llegó á la pobre casita del viejo inválido don Indalecio Troncoso, situada casi en las afueras de la ciudad. Poco adelante verémos cuáles eran los poderosos motivos que tenía para acercarse palpitante de emoción á aquella morada.

La familia Troncoso era muy reducida; se componía del viejo don Indalecio y de su hija Balbina, de diez y ocho primaveras. Troncoso había sido soldado de la República durante la invasión ame-

ricana, y en Churubusco perdió las dos piernas. Incapacitado para seguir la carrera de las armas y aun para ganarse la vida con facilidad y desahogo, se acogió á la munificencia oficial, que le concedió justiciera una asignación anual "de doscientos cuarenta duros," ó sean veinte pesos mensuales. Con esto no le bastaba al pobre hombre, como suele decirse, ni para santiguar el puchero. Es verdad que algo se ayudaba sacando copias de borradores, que solían enviarle a casa abogados y notarios amigos; pero también es cierto que aquellas entradas extraordinarias eran muy eventuales y exiguas, pues, á razón de cincuenta centavos por pliego escrito de papel ministro, que era como se lo pagaban sus favorecedores, nunca pudo terminar más de uno al día, por lo mucho que le cansaba tener el busto en pesada gravitación sobre la mesa y sin contrapeso de miembros inferiores para sostenerlo. Ultimamente, como estaba ya viejo, comenzaba á ver mal y á sentirse trémulo, por lo que sus antiguos clientes dieron muestras claras de abandonarlo, en razón de que su escritura iba tornándose imperfecta y tenía perfiles en zis-zas, como la luz de las centellas. Con esto, fué haciéndose la situación de D. Indalecio más precaria, triste y desesperado todos los días; tanto más cuanto que no había que esperar que la vejez dejase

CAPILLA ALFONSINA



de seguir avanzando, ni que la mano recobrase la perdida fuerza, sino antes por el contrario, que temer que, acentuada la ancianidad, siguiese cargándose su vista de sombras y tornándose á cada momento más intensa la parálisis agitante de su pulso.

Estas consideraciones eran las que traían fuera de sí y afligidísima á la pobre Balbina, quien tenía verdadera adoración por su padre, y hacía lo imposible por servirle al pensamiento, y porque nada le faltase.

Era hacendosa como pocas. Dios la había criado para las labores domésticas. Aun no perdía los dientes de leche, cuando se desvivía ya por desempeñar diferentes faenas, ora arreglando las camas, ó bien llevando y trayendo platos de la cocina al comedor, ó bien barriendo los suelos. A los diez años de su edad, se había hecho cargo de la casa, y ya desde entonces corrió con todos los quehaceres domésticos, sin permitir que hubiese servidumbre en la casa, tanto por principio de economía, como para hacerlo todo por sí misma. De suerte que barría la calle de madrugada y la casa más tarde, compraba las provisiones, y cocinaba, y cosía; y aun le sobraba tiempo para servir á don Indalecio personalmente, llevándole el chocolate á la cama, guisándole manjares apetitosos, leyéndole periódicos y libros y

amenizándole la vida con afectuosa conversación, solicitud delicada y cantos, risa y esplendores de hermosa juventud. Todo esto hacía que Troncoso la amase con delirio, y la viese como su providencia en la tierra. Y como se las daba de leído y algo literato, llegó cierta ocasión á decirle entre bromista y sollozante:

—Yo soy un nuevo Edipo y tú una segunda Antígona.

—¿Quiénes son esos señores, papá?, preguntó Balbina.

— Eran, niña, no viven; existieron hace miles de años.

—¿Dónde?

—En Grecia. Edipo era rey de Tebas, y Antígona, su hija, una princesa.

Balbina abrió los ojos con pasmo: no hallaba la conexión que pudiese haber entre un rey y el mísero don Indalecio, y entre una princesa y ella, tan pobre y obscura. Troncoso la sacó del asombro.

—Vas á ver, agregó, en qué nos parecemos á esos personajes. Edipo perdió el reino, cegó y quedó convertido en mendigo. Y Antígona le siguió á la miseria, acompañándole por todas partes y prestándole el apoyo de su juventud y de su cariño.

El viejo inválido se enterneció al pronunciar estas palabras, pensando en sí

CAPILLA ALFONSINA



mismo y en su hija, y continuó con la voz trémula:

—Por eso es vista esa bella princesa como el emblema de la piedad filial, y ha sido cantada por la poesía y sublimada por el arte; por eso ha venido á ser objeto de la veneración, de la ternura y del amor de las generaciones; por eso hace su solo nombre palpitar de emoción los pechos generosos.

—Pero, papá, replicó Balbina mortificada por el elogio, ¡cómo he de parecerme á Antígona, si no hago nada por tí!

—Lo que haces por mí, exclamó el viejo, es sostenerme en tus brazos, como si fuese una criatura, y mantenerme la vida, á fuerza de cariño y de bondad.

No pudo continuar don Indalecio al llegar á este punto, porque le ahogaba la emoción y estaban próximas á saltársele las lágrimas; pero tan pronto como se repuso, concluyó diciendo:

—Dios te pagará todo, hija mía, porque hay allá arriba un ojo que todo lo ve y una balanza que todo lo pesa, y cuando pasa esta vida mortal, tan llena de sobresaltos y de amarguras, la justicia eterna premia á los buenos con recompensas espléndidas. Pido á Dios con todo el corazón te dé una dicha muy grande, no sólo en su reino, sino también en este mundo, porque mereces las dos glorias.

El coloquio concluyó, en medio de las

protestas sinceras de Balbina, con una escena tierna y encantadora de caricias cambiadas entre el padre y la hija.

## II

Don Salvador Orvañanos era un anciano de sesenta y tantos años, aunque todavía entero y guapo á su modo. Alto, delgado, recto como un huso, tenía el andar garboso y ligero de la juventud. Llevaba el rostro afeitado, como el de un cuáquero, y sus facciones limpias y serenas, mostraban pureza excepcional de líneas: frente ancha, cabeza calva y reluciente como esfera de marfil, cercada de níveas canas, ojos graves y de mirar bondadoso, nariz fina y recta, boca de labios risueños y dentadura pareja y blanca. Don Salvador era muy cuidadoso de su persona, y, además de andar constantemente limpio y oloroso á jabón, llevaba camisas inmaculadas y trajes de paño fino y corte esmerado. Desde que había pasado los cincuenta años, había adoptado cierta indumentaria grave y correcta, que no cambiaba nunca, á pesar del ir y venir de las modas. Vestía eternamente de negro, y aprisionaba el talle todavía esbelto, en levitas abotonadas hasta la barba. Bajo ella se ostentaba el nítido cuello de la camisa, alto, duro y

CAPILLA ALFONSINA



cerrado, á la costumbre de los ingleses. Así, al verle caminar por las calles, cubierta la cabeza por sombrero de copa, y llevando en la mano una caña de bambú con puño de oro, cualquiera le hubiese tomado por un gran diplomático ó por algún político de fuste, pues su tipo y apostura sugerían cierta vaga idea de Guizot ó de Merimée.

En realidad, era un negociante de respetable fortuna. Heredó de sus padres corto caudal, pero se consagró empeñosamente á fomentarlo, y emprendió uno tras otro diversos negocios, ya agrícolas, ya mercantiles ó industriales, con próspera fortuna. Y el resultado de todo había sido que, al llegar al medio siglo de su edad, se encontrase poseedor de más de un millón de duros en tierras, edificios y valores de todo género; lo que le producía una renta cuantiosa.

Su absoluta consagración á los negocios y una como timidez que le inspiraba el bello sexo, habíanle privado de los goces amorosos durante su larga vida; y aun posible es que la verdadera causa de su celibato más que semisecular, haya sido el no haber encontrado en su dilatada carrera una mujer que hubiese sabido tocar los ocultos resortes de sus sentimientos. Así pasó la existencia, como absorto y distraído, sin apartar el pensamiento de las arduas cuestiones que

entrañaba el incremento de su hacienda; hasta que de pronto, el día menos pensado, se dió cuenta de haber perdido sus mejores años en atenciones secundarias, descuidando el asunto más importante, el de su íntima dicha. Sólo que cuando reparó en este olvido y echó de ver la soledad y la tristeza de su vida, notó á la vez que había encalvecido, que la escasa cabellera que le quedaba parecía formada por hilos de plata, y que su piel floja y marchita, mostraba en frente y mejillas, las tristes huellas de los años. Entonces deploró amargamente la incuria de su juventud, y lanzó un ¡ay! tardío á los tiempos bañados de sol y poblados de músicas, en que su pensamiento era un ensueño y su corazón un ave misteriosa que cantaba el himno de la esperanza. Pero, ¿qué hacer una vez caído en la sima de la vejez helada y obscura? ¿Cómo reconquistar el tiempo perdido? Los instantes son irreparables. Cada uno de ellos tiene alas ligerísimas, y todos en hilera salen de lo desconocido para despeñarse en lo ignorado; los unos en pos de los otros, como queriendo alcanzarse, pero sin lograrlo nunca.

Así se sentó Orvañanos á la vera de su vida, como el caminante que á la orilla del río se abisma en la contemplación de sus rápidas ondas, y se llena de melancolía al verlas brillar, pasar y ser substituídas

CAPILLA ALFONSINA



por otras, de igual modo inquietas, fugaces de igual modo. Y su contemplación le ponía á cada paso más triste, y le tornaba más viejo á cada momento, como los saúces que, á fuerza de ver el agua fugitiva, llegan á tocarla con sus lacias frondas, semejantes á cabelleras destrenzadas.

Tal era la situación de su ánimo, cuando conoció á Balbina y al mutilado Troncoso. Fué la joven á verle cierto día, solicitando en arrendamiento la casita lejana que ahora ocupaban ella y su padre; y su sola presencia, su acento, su actitud modesta y sencilla, impresionaron vivamente el corazón del anciano. Por de contado que Orvañanos accedió á cuanto quiso y solicitó la nueva inquilina: renta baja, reparaciones, mejoras y exensión de fianza. Y aun se excedió don Salvador en lo que respecta á concesiones, pues, aparte de las reparaciones convenidas, hizo otras de mero ornato, como renovar la pintura de piezas y corredores y aun tapizar con bonito papel la salita, el comedor y la alcoba.

Esas obras proporcionaron oportunidad al viejo célibe para ir frecuentemente á la casa de Troncoso, con quien trabó conocimiento, y á quien fué apreciando más y más todos los días, tanto por sus méritos propios, como por el indirecto de ser padre de Balbina.

¿Cómo, dadas las circunstancias, fué infiltrándose en el pecho de don Salvador la llama amorosa, y fué creciendo, creciendo, hasta convertirse en poderosísima hoguera? ¿Cómo aquel hombre que no había amado nunca, y que había resistido en la juventud y en la madurez de la vida á los halagos y á la seducción de tantas mujeres hermosas, de alta prosapia y gran fortuna, había caído subyugado á los pies de la muchacha pobre y obscura, que no ponía nada de su parte para conquistarlo? No sería fácil explicar el suceso, sino apelando al destino ó á los caprichos de la simpatía, cuya acción es tan real y frecuente en la existencia; pero aun apelando á esos recursos verbales, continuarían velados los orígenes de aquella inclinación poderosa, porque hablar de destino y simpatía, es mencionar dos incógnitas que hasta ahora nadie ha podido despejar. El hecho fué que don Salvador, sin saberlo ni pensarlo, y de un modo gradual é inconsciente, fué abriendo de par en par las puertas del corazón á aquel afecto desconocido, y que éste se coló por allí cautelosamente, instalándose á sus anchas en aquella mansión; como se infiltran en el organismo los venenos atmosféricos con sólo respirar y vivir en determinados lugares, sin que llegue á darse cuenta de ello el paciente, hasta que, bien saturado de la

CAPILLA ALFONSINA



sutil ponzoña, cuando rueda ya por sus venas y arterias y rebosa en sus entrañas, siente las ansias de la muerte. Así don Salvador, entregado al deleite de ver á Balbina casi á diario, fué impregnándose poco á poco, y sin darse cuenta de ello, del encanto que irradiaba aquella niña incomparable, hasta penetrarse todo entero, de la cabeza á los pies, de una ciega, ardorosa é irresistible adoración hacia ella.

Cuando llegó la reflexión y adquirió la certidumbre de que estaba enamorado, sintió como vergüenza de confesárselo y como espanto de saberlo; y se juzgó indigno, ya no de aspirar á una dulce correspondencia de parte de la joven, sino aun de abrigar tan blando sentimiento al frisar en los setenta años. Pero el caso era que estaba real y hondamente enamorado, que no cesaba ni un segundo de pensar en Balbina, y que el mundo, de improviso, se había vuelto de nuevo para él una mansión deliciosa, llena de luz y de alegría, donde todas las cosas hablaban con lengua misteriosa, de ensueños, de ilusiones y de dicha, y formaban un coro suave y grandioso, que oía el corazón y hacía caer el espíritu en sabrosas languideces. Y pasaba, que hasta la misma melancolía de sus afectos, les comunicaba mayor intensidad y grandeza, porque al considerarse sin título pa-

ra sentirlos y excluído del derecho de proclamarlos, le entraba una congoja tan mortal, que se le partía el corazón y sollozaba á solas; de suerte que las alegrías de su amor se destacaban sobre el fondo de su tristeza, tornándose más grandes por el contraste y adquiriendo relieve patético.

Con todo, como era tímido y discreto, se guardó bien de exhibir su corazón á los ojos de nadie y de hacer vano y ridículo alarde de sus emociones. Así que, con modestia y recato, procuró guardar el secreto de su debilidad para él solo, con el propósito de sofocar su inclinación si era posible; y, si no, de mantenerla en severa y perpétua clausura, como á los criminales para quienes no hay esperanza de perdón.

Sus meditaciones solitarias y la melancolía de su situación, le hicieron sentir la crispatura nerviosa de la poesía; y aquel anciano embargado por la emoción, aislado y sin confidente, fué víctima de una segunda locura: la de hacer versos. Así lo comprobaron más tarde, los papeles emborronados que aparecieron en su escritorio. Sus composiciones, defectuosas como las de todo iletrado, parecieron, con todo, tan sinceras y humildes á sus testamentarios, que no se atrevieron á mofarse de ellas ni á arrojarlas al fuego para que se consumiesen. Nosotros, que

CAPILLA ALFONSINA



hemos podido tenerlas á la vista, juzgamos oportuno poner á los ojos del lector algunos de sus fragmentos, para completar el bosquejo que hemos emprendido, de la crisis sentimental de aquel buen caballero.

Uno de ellos parece corresponder, según su fecha, al período en que don Salvador, sin hacerse ya ilusiones sobre el estado de su ánimo, y persuadido de su pasión amorosa, la cantaba con tristeza, en versos que, más que confesión, parecen un lamento. Es como sigue:

## LUZ DE OCASO

Alma mía, ¡cuán tarde
En mi pecho tu amor asoma y arde!
Cuando ya por los términos de Oriente,
Entre pálidas nieblas,
La obscuridad creciente
Levanta sus pendones de tinieblas.

Como lluvia tardía
Fuiste al erial de la existencia mía:
Soplo de abril para mi helada bruma,
Alba de noche umbrosa,
Flor que brilla y perfuma
Junto á la noche de la abierta fosa.

Pasé la vida absorto
Siempre aguardando la explosión de un
(orto,

Y al volver de este mundo á las miserias,
Vi que la edad aleve
Cuajaba mis arterias
Y derramaba en mi cabeza nieve.

Mas de la edad el frío
Nunca pudo invadir el pecho mío;
En él, como en capilla santa y pura,
Mi afán solo y oculto
Fué guardando ternura
Y al ensueño rindió férvido culto.

Al fin caigo de hinojos;
Y al resplandor de tus divinos ojos,
Halla otra vez el adormido anhelo
De la dicha los rastros,
Y en mi asombrado cielo
Renace el fuego de extinguidos astros.

Bien sé que es mi querella
Cual trino de ave á refulgente estrella,
Y no merezco de tu amor la palma;
Pero tus huellas sigo
Con las ansias del alma
Y desde mis tinieblas te bendigo.

Otro, muy breve, indica por su tenor, haber sido escrito en los mejores momentos amorosos de aquella alma conmovida y extática.

Dice así:

CAPILLA ALFONSINA



## ERES MI VIDA.

Como el creyente, recibo
Tu dulce mirar de hinojos;
Eres la luz de mis ojos,
Por tí aliento, por tí vivo.

Soy tu planeta, y despides
Sobre mí, cual sol, fulgores:
Luz seré mientras me adores
Y sombra cuando me olvides.

## III

Ahora se puede ya comprender, aunque todavía no con la debida puntualidad, por qué llegaba nervioso y conmovido don Salvador, la tarde de aquel día, á la lejana casita del mutilado Troncoso. Las siguientes líneas acabarán de aclarar los orígenes de su emoción.

Antes de coger el aldabón, esperó un poco para cobrar aliento, como si la distancia recorrida desde la esquina donde dejó el tranvía, hasta la casa, fuese enorme y la hubiese cruzado de carrera; hizo algunas profundas inspiraciones, elevando bien alto el pecho, para llenar de aire los pulmones, y al cabo se resolvió á llamar, aunque discretamente.

Pronto oyó los menudos y ligeros pasos de Balbina, quien, por la presteza con